



EL AMOR ESTÁ
EN EL AIRE

OLIVIA KISS

1. De fusiones inesperadas

Lauren no dejaba de señalar poniendo chinchetas en el mapa. Con cada una que pinchaba en el tablero, daba un pequeño saltito a la vez que gritaba el lugar.

—¡Hawái! ¡Costa Rica! ¡Venezuela!

—Lauren, se trataba de preseleccionar lugares para luego decidirse, no de enumerar todos los sitios con buenas playas y buenos chicos —dijo Lily poniendo los ojos en blanco.

—No te olvides de los mojitos, que es un requisito importante para que sea el destino perfecto. No quiero nada de chicos en este viaje, solo quiero divertirme contigo. Sabes que lo necesito más que nunca. Me alegra que estés aquí, Lily —dijo Lauren posando una mano sobre el hombro de su mejor amiga.

Había pasado solo una semana desde la ruptura con Marcus, bueno, más bien rotura de corazón con tres bypass y estrangulamiento de sentimientos con doble de *“tedejotudignidadporlossuelos”*. Marcus, su exprometido, era el novio perfecto que toda madre quiere para su hija; simpático, extrovertido, atento, con buen trabajo. También era, a simple vista, el novio ideal y guapo hasta decir basta. Con un cuerpo moldeado con muchas horas en el gimnasio. Tantas horas, que hasta hacía extras con la profesora de spinning. La monitora con sus duras nalgas. Tampoco es que tuviera la culpa ella, ni la secretaria de ventas, ni *rubita21xoxo* de esa página de contactos, ni la *“amiga de la infancia”* que era inofensiva, la culpa la tenía él, Marcus. Única y exclusivamente.

Lauren no supo nada de todo aquello hasta siete días atrás cuando, por casualidad, Marcus se dejó su bien máspreciado y más protegido: el móvil de empresa.

Marcus trabajaba en una gran compañía de software de Washington, no como informático sino como el mejor jefe comercial de todo Seattle. Desde que llegó, la empresa no dejó de crecer y llegó a codearse con las más grandes comprando otras empresas y absorbiéndolas. Había sido durante una de esas transacciones cuando conoció a Lauren.

—Bueno, creo que su cliente aceptará la oferta con los ojos cerrados, ¿no es así señorita...? —Marcus se apoyó dejando caer unos papeles sobre la mesa redonda del despacho gigantesco y mirando a la abogada que debía revisar ese contrato.

—
Pu
e-
de
s
lla-
m
ar-
me
Le-
tra-
da
La
u-
ren

C
o-
llin
s,
se-
ño-
ri-
to
...
—
di-
jo
co
n
ci
er-
to
ton
o
re-
pli-
ca-
ti-
vo.

—Marcus, todo poderoso Marcus. —Acabó la frase guiñando un ojo y desabrochándose el botón del traje a medida que, aunque no era ceñido, marcaba sus músculos.

—Perfecto, pues miraremos la oferta, la valoraremos y ya te llamaremos —contestó intentando no darle importancia a la gran suma de dinero que había visto en los papeles.

Lanzó la tarjeta a la mesa y se acercó a Lauren y susurró.

—Sé que ya tienes ganas de llamarme.

A pesar de que la reunión había sido corta y de que hubo algo en su actitud que no terminó de convencerla, se dio cuenta de que, en parte, él tenía razón y la idea de volver a verlo le resultó tentadora; quizá fue por el tono seductor de su voz o por esa seguridad que desprendía, como si tuviese el mundo a sus pies.

Se citaron a los dos días en un restaurante para confirmar que aceptaban la oferta y después una cosa llevó a la otra, a la atracción y a tontear, a enamorarse como una loca perdida y a vivir juntos unos meses después. Marcus se mudó al apartamento de Lauren, (hasta entonces, ella no sabía que era el plan perfecto para mantener su picadero intacto), y empezaron una relación que nunca llegaba a la monotonía por los cientos de viajes que él tenía que realizar. Es decir, que se veían poco, y quizá por eso el tiempo que pasaban juntos era muy intenso, entre escapadas planeadas a Europa, esquí en las mejores pistas, saltos en paracaídas, y hacer el amor muchas, muchas veces y en muchos sitios diferentes. Siempre tenía que haber algo en la vida de Marcus que fuera novedad para no perder la emoción en la vida. La monotonía le corroía. En Lauren encontró una compañera perfecta, no es que le aburriera una vida rutinaria, que también la apreciaba, sino que le gustaba hacer cosas distintas igual que a su novio, pero con una diferencia, a él le gustaba hacer las cosas con otras chicas.

Ella estaba tan enamorada que hasta le gustaba el sonido del *clic* del cortaúñas cuando se cortaba las uñas del pie. Pero, una semana atrás, cuando Marcus se fue a su gimna-

sio para hacer las tres horas de ejercicio que *necesitaba* y se dejó su *teléfono de trabajo*, todo cambió.

El móvil comenzó a sonar. Una y otra y otra vez.

Lauren pensó si lo descolgaba o no, pero es que en la pantalla ponía, "*Oluc Otinob - Jefe de la fusión*". Supuso que era importante, ya que hacía poco le había estado hablando de una megafusión de una empresa que suponría que terminasen siendo los líderes del sector, así que, al final, tras mucho dudar, terminó cogiendo la llamada.

—Hola, picha gorda, hoy no has venido al gimnasio y necesito que follemos, digo, nos *fusionemos* como tú dices siempre... —dijo una voz femenina que parecía recién salida de una película porno de las malas—. No irás a hacer enfadar a tu profesora de spinning, ¿verdad?

—¿Quién demonios eres tú? —gritó Lauren.

—Oh, perdona, creo que me he equivocado.

La llamada se colgó. En aquel momento, Lauren podría haber pensado que era un simple error, una de esas llamadas que se cruzan e ignoras sin más antes de seguir con tu vida, pero eso de *fusionarse*... Por su trabajo, Marcus siempre tenía esa palabra en la boca. Fusión aquí, fusión allá. Y eso fue suficiente para que Lauren se sentase en el sofá y cotillease un poco su móvil. Sabía que estaba mal, que no era lo que haría una novia segura de sí misma y confiada. Pero no pudo evitarlo. Revisó el listado de las últimas llamadas.

La verdad es que había nombres muy raros en la agenda como *Oluc Otinob*, *Satet Semrif* o *Sanreip Sagral*. No daba crédito, ni tampoco entendía qué significaban hasta que,

de repente, pasados unos minutos de frustración, todo encajó.

¡*Oluc Otinob* es un anagrama de culo bonito! Igual que *Satet Semrif*, que era tetas firmes y *Sanreip Sagral*, que era piernas largas. Cuando abrió la carpeta llamada "Documentos fusión" vio fotos de él posando como un gilipollas con unas chicas estilo *Barbie*. Y había más archivos en las últimas imágenes recibidas, de chicas operadas y retocadas con Photoshop que le enseñaban a la cámara todos sus encantados. Llegó a distinguir a más de cinco mujeres solo por el tamaño y la forma de sus tetas.

Menudo guarro. Lauren sentía que la sangre en las venas se le congeló. Se quedó de piedra, helada y casi sin aliento, porque no podía creérselo...

—¡Menudo cabrón, hijo de puta, mal parido! —maldijo entre dientes, imitando al protagonista de una de sus series preferidas.

Clavó los ojos en el teléfono y comenzó a escudriñarlo esperando que todo fuera una mala pesadilla, pero no lograba despertarse. Era la realidad.

Cuando llegó Marcus a casa y vio a Lauren con el móvil en la mano, notó como comenzó a temblar. El chico seguro de sí mismo con respuestas para todo se quedó sin palabras.

Lauren era el vivo retrato de la furia sosteniendo el móvil. Marcus había cometido un error y lo iba a pagar.

—Te-te lo puedo explicar Lauren—dijo con él con voz titubeante.

—He hablado con el jefe de la fusión *Oluc*. Recoge las cosas y vete lo más lejos que puedas de aquí, de mi vida.

—Le comenzaron a salir lágrimas de los ojos. La tensión se convirtió en una batería de emociones en la que la decepción era la que ganaba. Marcus se fue tan rápido como ella le obligó y Lauren no supo en ese momento que era una de las mejores acciones que habría hecho en su vida.

2. Queridos pasajeros, prepárense para despegar...

Hacía mucho tiempo que Lauren no hacía un viaje con amigas, porque siempre solía escaparse con Marcus y, antes de eso, tras acabar la carrera de abogada hacía ya años, se había centrado en el trabajo. De hecho, así había conocido a su exprometido. Trabajando.

Quedaba una vez cada varios meses con sus amigas, pero, en especial, sí que hacía el esfuerzo de tomarse una copa cada mes con Lily, su mejor amiga desde la infancia. A simple vista, podía parecer que Lily era una alocada de la vida, pero nada más lejos de la realidad. Cuando no estaba dando conferencias de sistemas de odontología, en la que era ingeniera, vestía de manera *pinup*. Le encantaban los años veinte. Decía, que, si volviera a nacer, le gustaría vivir en la época del charlestón. Con su pelo rubio rizado, y su bonita figura, parecía una modelo de una postal de las que se llevaban los soldados a la guerra tiempo atrás.

—Me parece que te has pasado con la ropa, Lauren. Creo que el avión no va a poder despegar con el peso de tu maleta. En Puerto Rico hace bastante calor y con poquita ropa iremos más frescas.

—Lo dice la que casi le pone ruedas al armario y lo hace maleta —le contestó.

—Ya sabes que no puedo ir sin combinar unos zapatos, bolso, pantalones, pamelita... —dijo Lily ayudando al taxista a subir el equipaje al vehículo.

—Al aeropuerto, por favor. ¡Nos vamos a Puerto Rico! — le dijo Lauren al conductor, que puso una cara de que le importaba lo mismo que el menú que toma el ornitorrinco en época estival.

—Yupi —respondió el taxista siendo esta y el importe final del trayecto sus dos únicas palabras.

Cuando llegaron al aeropuerto, buscaron su vuelo en las pantallas informativas. Llegaron varias horas antes porque estaban ansiosas por viajar y también porque no podían soportar una larga espera en casa.

—Cogí los billetes en primera clase, Lauren, para empezar a desconectar desde el minuto número uno y que nos sirvan mojitos sin parar —dijo Lily mientras bailaba un *swing* en mitad de la cola de embarque sin ningún tipo de vergüenza.

—Bueno, la verdad es que no me vendría mal, porque tengo un miedo atroz a volar. Espero que ayude un poco con la ansiedad.

Lily y Lauren embarcaron en el avión y les tocó el asiento más adelantado. Justo delante tenían la cabina del piloto y donde estaban los auxiliares de vuelo. La fila en la que se sentaron era de tres personas. Lily se puso en la parte de la ventana porque Lauren no soportaba ver cómo el suelo se alejaba cuando el aparato alzaba el vuelo. En el asiento que quedaba libre, se sentó una señora de unos sesenta años, con más anillos de oro, joyas y abalorios que la joyería del *duty free* del aeropuerto que estaban a punto de dejar.

Lauren empezó a hiperventilar cuando las luces del avión se apagaron y se encendieron.

—¿Qué es eso? ¡Vamos a morir! —gritó a la vez que cogía los reposabrazos con energía. La señora Doubtfire, como ya le habían apodado, puso los ojos en blanco y empezó a murmurar. En uno de sus murmullos, le pareció oír: “loca, pirada” y varios adjetivos similares.

—Esto se tiene que arreglar ya, Lauren. Mira a ese guapo azafato qué bien le queda el traje y qué culo le hace —dijo Lily mientras guiñaba un ojo.

—Ahora se les llama auxiliares de vuelo, y sí, sí, sí. Sí, tiene un buen trasero, sí esto se tiene que arreglar y sí, ¡pídele un mojito ya!

Lauren parecía tranquilizarse por momentos, viendo el chico.

—¡Oye, guapo! Ponle a mí y a mi amiga dos mojitos, y sírvete otro si quieres y te lo tomas con nosotras —dijo Lily con desparpajo a la vez que Lauren le entraba vergüenza — Es que a Lauren le da miedo volar y necesita alcohol para poder soportarlo.

El chico se acercó, sonrió, les guiñó un ojo y levantó un dedo en señal de que se esperaran antes de irse hacia el bar del avión. Cuatro gestos que hicieron que las dos amigas se quedaran sin habla hasta que se miraron y se echaron a reír.

—A este lo conquistas, Lauren. Te ha mirado de arriba abajo —dijo Lily asintiendo con la cabeza lentamente.

—Te dije que nada de chicos en este viaje, ¡vamos a pasarlo bien!

Las luces del avión volvieron a parpadear y Lauren se puso tensa, muy tensa.

—¡Socorro! ¡Es la muerte! —espetó y segundos después recobró la conciencia y la vergüenza empezó a apoderarse de ella.

El chico trajeado volvió con una bandeja y tres copas en ella. Cuando Lily se dio cuenta, no dio crédito a que de verdad le hubiese tomado la palabra y fuese a tomarse algo con ellas.

—No le pasa nada al avión —dijo el chico acercándole una copa a Lauren—. Están llenando los depósitos de combustible y, para mayor seguridad, la electricidad del tiene que desconectarse por completo.

Le dio una copa a cada una, y alzó la suya obligando a que brindasen con él.

—¡Porque no temas volar! Voy a intentar quitarte el miedo. Me llamo Allan.

—Yo soy Lily y la guapa de mi amiga se llama Lauren y está soltera.

—¡Lily! —replicó Lauren dándole un codazo—. No tiene remedio ni vergüenza esta chica.

Los tres brindaron y bebieron. Allan se terminó su copa de un trago, lo cual a las amigas les pareció una barbaridad ya que sus mojitos estaban muy cargados de alcohol.

—Vaya, Allan, menudo trago. ¿No te dirán nada por beber en horas de trabajo? —dijo Lauren preocupada por si le regañaban o perdía el puesto.

—No te preocupes, Lauren. Aquí yo soy la máxima autoridad. Soy el capitán del avión en el que vas a volar.

3. ¡Urgencia del señor Pipi!

Notó como la sangre le empezaba a bajar de la cabeza y se mareó en cuanto asimiló que el piloto que tenía que llevarles a Puerto Rico se acababa de tomar una copa que podría tumbar a cualquier elefante que le gustase beber mojitos. La señora Doubtfire, comenzó a santiguarse sacando, de entre todos los collares, un rosario para apiadarse al Señor.

—¿Es-estás loco?, ¿có-cómo pones en peligro la vida de toda esta gente? ¡Yo me bajo! —dijo tartamudeando mientras él se echaba a reír—. ¡Ah! Y te ríes, ¡normal!, con el trago que acabas de dar. Vámonos, Lily —le dijo a su amiga cogiéndola del brazo.

—No vayas a ninguna parte, te estaba gastando una broma. Lo que me he tomado era un zumo de piña con hielo. Siempre lo hago antes del vuelo. Para otra vez que subas a un avión, fijate en estas cuatro rayas que hay en el hombro de mi traje, se llaman galones e identifican al piloto —dijo Allan, con una media sonrisilla de niño pícaro—. Te lo digo por si en otro avión al comandante le pides un pañuelo o que te limpie los zapatos.

—¡Oye! Comandante chistoso, no soy de las que piden que se les limpie los zapatos. Para otra vez me fijaré —musitó Lauren bajando la cabeza habiendo aprendido la lección.

—Bueno, chicas, va a ser un vuelo bastante largo, luego saldré de la cabina de pilotaje para que nos hagamos com-

pañía, que me he traído dos botellas de whisky y no se van a beber solas —dijo Allan bromeando—. Abrochaos los cinturones que en breve despegamos.

En cuanto se fue el piloto, Lauren sintió como un pequeño cortocircuito en su columna vertebral y un leve cosquilleo. No quería que Allan se fuera de su lado.

Lily comenzó a dar palmaditas muy rápidas, estaba contenta de que la aventura que querían vivir ella y Lauren hubiera comenzado tan pronto.

—¡Qué guapo! —exclamó Lily en cuanto se fue—. Seguro que cuando deja el avión se va a su mansión y su helicóptero privado a salvar a gatitos atrapados en los tejados y a misiones de médicos sin fronteras, que también será médico y luego cogerá su caballo y te llevará a su castillo, que también tiene de su familia, y os casaréis —dijo ensimismada mirando al techo del avión.

—¡Ya está bien! Es un poco capullo y si tiene gatito, seguro que es como el de los malos de las películas —dijo Lauren no muy convencida.

—Pero no me negarás que te lo estás pasando muy bien —replicó Lily.

—Pues sí. Es gracioso.

—Y guapo —añadió Lily.

—Y guapo —reafirmó Lauren—. Esto hay que celebrarlo, vamos a pedir otro mojito, pero esta vez miraremos las hombreras de los auxiliares de vuelo.

Una voz conocida sonó por la megafonía del avión. Era Allan diciendo: “Señores y señoras pasajeros, soy el comandante Allan Parker, el piloto de este Boeing 747 en el que van a viajar. El vuelo tendrá una duración de doce horas y

sobrevolaremos casi todos los Estados Unidos. En San Juan, Puerto Rico, hacen treinta y dos grados centígrados. Una buena temperatura para pasar un buen viaje. Disfruten del viaje y pídanles a nuestros auxiliares de vuelo, sin rayas en los hombros, los mojitos que necesiten. Muchas gracias y feliz trayecto”.

Lily y Lauren sonrieron por lo último que había comentado Allan. No quisieron defraudarle y pidieron otros dos mojitos, esta vez a una amable azafata que les sirvió las dos copas.

—Veo que habéis conocido a Allan, el piloto. Es muy simpático y agradable. Todas estamos siempre esperando que pilote el avión en el que nos toca trabajar —dijo la auxiliar de vuelo—. Aunque nunca suele hablar con nadie que no sea de la tripulación. Es algo inusual.

—Sí que lo parece. Es un poco bromista —comentó Lauren.

Casi sin darse cuenta, hablando con la azafata, se acabaron los dos mojitos y ya que estaba ahí pidieron dos más.

Lauren se inquietaba porque el avión no despegaba.

—¿Qué pasa que el avión no se mueve? ¡Seguro que tiene una avería grande y no nos lo quieren decir porque saben que podemos morir o hay alguno con una bomba en la maleta! —dijo Lauren cada vez más desesperada.

—La única bomba, es tu bote de desodorante que huele fatal —dijo la amiga *pinup*

—No le pasa nada al avión, tienen que hacer comprobaciones y estamos dentro de la hora de salida —dijo la azafata—. Ahora volveré con vuestros mojitos, pero tened cuidado que el vuelo es largo y estas copas son *traicioneras*.